La Vanguardia
10 Dic. 1950

46

Inaudi

Lo que hacía Inaudi, de cuya muerte informan los periódicos, era fabuloso pero ~~íntimamente~~ estéril. Al Teatro Maravillas, de la calle de Malasaña donde se exhibía, habíamos acudido, muchas veces, con nuestras multiplicaciones, nuestras divisiones, nuestras raíces cuadradas, ya dispuestas, buena parte de los alumnos del Instituto del Cardenal Cisneros. En los entreactos, antes de que Inaudi actuara, las revisábamos para evitar errores y después, uno cualquiera de nosotros, el más audaz siempre, se ponía de pie y se las planteaba. Inaudi, de espaldas a un encerado donde su cirineo escribía las cifras, las repetía en voz alta con su extraño acento; decía: —Bien señog—con una g, muy acusada, muy extemporánea, muy ganchuda y, sin titubeos ni equivocaciones, nos daba el producto o el cociente, hasta con decimales. Apenas si le oí bailar un número por otro, alguna vez. Su precisión era, en verdad, increíble. Al concluir la sesión, que duraba veinte minutos o media hora, reproducía a paso de carga absolutamente todas las operaciones que resolviera en su transcurso. Después, Luis Esteso, salía a contarnos cómo había tenido que auxiliarle la noche anterior a buscar su domicilio, porque se había olvidado del número de la casa en que vivía.

Era, sí, inverosímil pero estéril: aquello no servía de nada. A él mismo le permitió resolver con tal exigüedad sus problemas económicos, que ha muerto pobre. Y, sin embargo sus facultades de calculador, eran una muestra impresionante de cómo puede ser de caprichosa la Naturaleza en la administración de sus dones. Inaudi era capaz de hacer lo mismo que las máquinas calculadoras, pero lo grave es que no hacía más y que a la hora de optar entre él o ellas, siempre las máquinas resultaban elegidas. Las máquinas eran más seguras, después de todo; más económicas; con más capacidad de trabajo y de mayor duración. A Inaudi, personalmente, le inspiraban una conmovedora y pueril animadversión que él disfrazaba de superior desdén. En el siglo XVII, no habría tenido rival. En este, cada Banco guardaba, tras sus mamparas, cinco o seis enemigos con su bastidor de teclas como un tórax abotonado, su manubrio de organillo y su aspillera donde aparecían los resultados pedidos.

En el duelo entre Inaudi y la máquina calculadora, Inaudi perdía a la larga, sensible a la fatiga. Pero impresionaba que pudiera siquiera plantearse. Por lo demás, eso, sí, su cerebro—que la frenología debiera estudiar—portentoso en su especialización, era, para el resto de sus funciones, casi infantil. Su genio de calculador estaba cimentado a expensas de su invalidez intelectual. Era como esos gigantescos automóviles de carreras con los que no se puede circular por el interior de las ciudades. La Naturaleza, pues, le había jugado una triste partida. Su invisible y mágico dedo había profundizado en la circunvalación cerebral que ayuda a resolver los problemas aritméticos fulgurantemente, pero se ~~olvidara~~ de rizarle aquellas otras donde anidan los mejores secretos de la inteligencia humana. ¿Qué juego habría dado un cerebro tan anormal como el de Inaudi pero con diferente sino? ¿Un Inaudi o de la dramática o de la política? Mozart, Shakespeare, Lope Julio César, ¿no fueron Inaudis a su modo?

Patente, pues, el mínimo valor práctico de su insólita habilidad, el único dividendo que de ésta podía extraerse era el de su exhibición circense ante un auditorio, al principio maligno, resabiado e incrédulo, aunque pronto vencido, convicto y confeso. Un auditorio que la terminación del espectáculo disgregaba sin que, a ninguno de sus componentes le tentara el deseo de conocer el criterio de aquel divo de los números sobre ninguna materia opinable. Inaudi, saboreó pues la menguada gloria que sus actuaciones le brindaron y vió acercarse a su vecindad, doctos profesores afanosos de clasificarle como entomólogo y de registrarle el cráneo, para averiguar su trampa. Hasta que se ha muerto, retirado, dicen los telegramas, desde mucho antes, olvidado, casi anónimo.

Maurois cuenta de aquel gramático francés cuyas últimas palabras fueron estas: —«Me muero, o muérome, que de ambas maneras puede decirse»—. Inaudi, a su igual, redujo a segundos los ochenta años, cuatro meses y cinco días de su existencia, reclamó a su auxiliar para que lo apuntara en la pizarra y expiró. Esto es: cambió el mezquino encerado terrestre, por ese otro, sin límites que se abre más allá de las estrellas.

Joaquín CALVO SOTELO

Solamente

había olvidado